

# A propósito del Ecumenismo

Por MONS. ALFREDO PETIT

**C**uando a un católico romano le preguntan: ¿Qué es el ecumenismo? Responde a esta pregunta diciendo que es el esfuerzo realizado desde la Iglesia Católica y coincidiendo con los esfuerzos de otras confesiones cristianas por restablecer la unidad querida por Cristo para sus discípulos y expresada en el Sermón de la Última Cena (Jn.14-17).

Permítasenos recordar que el Concilio Vaticano II tiene entre sus documentos un decreto que recoge la doctrina de los Padres Conciliares sobre el ecumenismo y que se llama *Unitatis Redintegratio*.

Treinta años después de la clausura del Vaticano II, el año 1995 fue particularmente interesante en este camino de la unidad. En efecto, el 2 de mayo el Papa Juan Pablo II escribe la Carta Apostólica *Orientalis Lumen*, sobre la riqueza espiritual de los cristianos de oriente y el día 30 de ese mismo mes ve la luz la Encíclica *Ut unum sint*, que es la única en toda la Historia de la Iglesia que se ocupa del problema ecuménico. Y si queremos seguir acumulando hechos significativos, podríamos añadir el fallecimiento del teólogo dominico francés Yves Congar, creado Cardenal de la Iglesia por S.S. Juan Pablo II en el consistorio de noviembre de 1994. Su muerte ocurrió el 22 de junio de 1995. Este ilustre hijo de Santo Domingo de Guzmán fue pionero de la obra ecuménica desde la década de los años treinta del pasado siglo XX.

Como resumen de lo que llevamos dicho, citamos ahora el primer párrafo del decreto *Unitatis Redintegratio* del Concilio Vaticano II, que el 21 de noviembre de 2004 cumplió cuarenta años de promulgado:

“Promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los principales propósitos del Concilio Ecuménico Vaticano II. Porque una sola es la Iglesia fundada por Cristo Señor; muchas son, sin embargo, las Comuniones cristianas que a sí mismas se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Jesucristo; todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y siguen caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido (Cfr. 1Cor. 1,13). Esta división contradice abiertamente a la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres.

Pero el Señor de los siglos, que sabía y prudentemente continúa el propósito de su gracia sobre nosotros

pecadores, ha empezado a infundir con mayor abundancia en los cristianos desunidos entre sí el arrepentimiento y el deseo de la unión.

Muchos hombres han sido movidos por esta gracia y también entre nuestros hermanos separados ha surgido un movimiento cada día más amplio, por la gracia del Espíritu Santo, para restablecer la unidad de todos los cristianos. Participan en este movimiento de la unidad, llamado ecuménico, los que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesús Señor y Salvador; y no sólo cada uno individualmente, sino también congregados en asambleas, en las que oyeron el Evangelio y a las que cada uno llama Iglesia suya y de Dios.

Sin embargo, casi todos, aunque de manera distinta, aspiran a una Iglesia de Dios única y visible, que sea verdaderamente universal y enviada a todo el mundo, a fin de que el mundo se convierta al Evangelio y de esta manera se salve para gloria de Dios”. (Con. Vat. II Decr. U.R No. 1) (Hasta aquí la cita).

Continuando con nuestra reflexión, nos parece oportuno aclarar que “ecumenismo” es un término elaborado muy específicamente en el ámbito cristiano y en pleno siglo XX. No debe confundirse, por tanto, con el diálogo interreligioso sostenido con las otras religiones monoteístas como el judaísmo y el islamismo. Para este diálogo existe el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. Para el diálogo con los hermanos cristianos existe el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, presidido por el cardenal Edward I. Cassidy. Igualmente, para el diálogo con otras religiones y con los no creyentes existen otras instancias pertinentes, pero que no pueden incluirse propiamente dentro del término “ecumenismo”. Este término queda para designar exclusivamente el diálogo entre los cristianos.

Entre los gestos ecuménicos más recientes recordamos la apertura del Año Santo 2000. La Puerta Santa de la Basílica de San Pablo extra muros en Roma, no se abrió como de costumbre al inicio del año junto con las Puertas Santas de las otras tres Basílicas Mayores (San Pedro, San Juan de Letrán y Santa María La Mayor), sino que su apertura tuvo lugar el día 18 de enero, cuando comienza la Semana de Oración por La Unidad de los Cristianos y con la participación de cristianos de otras denominaciones.

Para ser más exactos, al comienzo de la ceremonia se encontraban de rodillas frente a la Puerta Santa, S.S.

Juan Pablo II, Su Eminencia Athanasios, Metropolitano de Heliópolis y Theira del Patriarcado Ecuménico y Su Gracia George Carey, Arzobispo de Canterbury, Presidente de la Comunión Anglicana.

En esta secuencia de actos ecuménicos tenemos el celebrado en el coliseo de Roma el 7 de mayo de 2000, y que consistió en la conmemoración de todos mártires cristianos del siglo XX.

También el 5 de agosto del mismo año tuvo lugar en la Basílica de San Juan de Letrán de Roma, una vigilia de oración preparatoria a la fiesta de la Transfiguración del Señor, a la que se invitó a todos los cristianos de diversas confesiones por iniciativa de Bartolomé I, Patriarca de Constantinopla. Esta celebración no hacía otra cosa que reafirmar el espíritu ecuménico que estuvo presente a lo largo de todo el Año Santo 2000 y continúa después en estos cinco años transcurridos desde entonces.

El año 2004 ha sido marcado por gestos de reconciliación hacia los hermanos ortodoxos del Patriarcado de Constantinopla.

Recordamos la remodelación y cesión, por parte del Papa Juan Pablo II, de la Iglesia de San Teodoro en la colina del Palatino en Roma, entregada solemnemente a la persona del Patriarca Bartolomé I el 29 de junio en la basílica de San Pedro, durante la celebración de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Y el 27 de noviembre, también al Patriarca Bartolomé I, la entrega de los restos de San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, ambos Obispos de Constantinopla en el siglo IV, mucho antes de la separación del Cristianismo en las Iglesias de Oriente y Occidente.

También al Patriarcado Ortodoxo de Moscú que preside S.S. Alexis II, fue devuelto el icono de la Madre de Dios de Kazan el 25 de agosto de mismo año 2004.

A lo largo de la Historia han sido numerosos los esfuerzos que desde las distintas iglesias cristianas se han llevado y se llevan a cabo para procurar la tan deseada unión de los discípulos de Cristo.

Si nos remontamos al año 1740 aproximadamente, nos encontramos en Escocia con un movimiento pentecostal con relaciones en Norte América cuyo mensaje revitalizador incluye oraciones por y con todas las iglesias. En 1820, el Rev. James Haldane Stewart publica "Sugerencias para la Unión General de los cristianos para la efusión del Espíritu".

En 1840, el Rev. Ignacio Spencer, un converso al Catolicismo Romano, una "Unión de Oración para la Unidad". En 1867, la Primera Conferencia de Lambeth de los Obispos Anglicanos enfatiza la oración por la unidad en el Preámbulo de sus Resoluciones. En 1894, el Papa León XIII promueve la práctica de un Octavario de Oración por la Unidad en el contexto de Pentecostés. En 1908, el Rev. Paul Wattson inicia la costumbre anual del Octavario de Oración por la Unidad de los cristianos del 18 al 25 de enero. En 1926 el movimiento Fe y Orden de las Iglesias evangélicas publica unas "Sugerencias para una Octava de Oración por la Unidad Cristiana". En 1935 el sacerdote católico Paul Couturier de Francia, aboga por la Semana Universal de Oración por la Unidad Cristiana, sobre la base de oración por "la unidad que Cristo quiere, por los medios que Él quiere".

En 1958, Unidad Cristiana de Lyon, Francia y la Comisión Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias, comienzan la preparación en común del material para la Semana de Oración por la Unidad. En 1964, el decreto sobre ecumenismo *Unitatis Redintegratio* del Concilio Vaticano II destaca que la oración es el alma del movimiento ecuménico y promueve la práctica de la Semana de Oración. Desde 1966 el entonces llamado Secretariado y hoy Pontificio Consejo para la Unidad de los cristianos y la Comisión Fe y Orden del Consejo Mundial de



**Elevado al solio pontificio en 1958, Juan XXIII anunció, al año siguiente, la convocatoria del Concilio Vaticano II. Durante su pontificado, alentó la unificación de las distintas comunidades cristianas y el acercamiento a otras creencias.**

Iglesias han comenzado a preparar, de común acuerdo, el material para la Semana de la Unidad. Este año 2005 por primera vez se ha publicado un texto único para la celebración de la Semana de Oración por la Unidad, fruto del trabajo conjunto de ambos organismos.

Abundan las conversaciones, reuniones y acuerdos, como el recientemente firmado entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Luterana Reformada en Augsburg, Alemania, el 31 de octubre de 1999 (Declaración Conjunta sobre la Justificación). En el terreno doctrinal quedan por clarificar todavía varios temas señalados oportunamente por el Papa en la encíclica *Ut unum sint* (No. 79). Poco a poco, paso a paso, con madurez y seriedad, con amor y buena voluntad iremos avanzando por el camino que hemos de recorrer todos para abrazarnos un día en una única y sola familia de hermanos.

Permítanme terminar citando las palabras del Papa Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* del 6 de enero de 2001, párrafo 43 (cito):

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: ése es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles a los designios de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

Antes de programar iniciativas concretas hace falta **promover una espiritualidad de la comunión**, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

1. - **Espiritualidad de la comunión** significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en los hermanos que están a nuestro lado.

2. - **Espiritualidad de la comunión** significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

3. - **Espiritualidad de la comunión** es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

4. - En fin, **espiritualidad de la comunión** es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Cf. Ga.6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirán los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.”

#### Una mirada a la actual situación ecuménica

En el mismo día -24 de abril de 2005- del comienzo de su ministerio apostólico como sucesor de Pedro, el papa Benedicto XVI señalaba la unidad de los cristianos como la verdadera prioridad de su servicio.

Recientemente, el Santo Padre retomaba y reasumía aquellas palabras suyas de “trabajar sin ahorrar energías en la reconstrucción de la unidad plena y visible de todos los seguidores de Cristo” y las volvía a situar como “compromiso prioritario, ambición y acuciante deber”.

En el último año y medio, hay muestras y signos inequívocos de avance ecuménico. Sirvan de ejemplo las declaraciones conjuntas del Papa con Su Gracia Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury y primado

de la Comunión Anglicana, el 23 de noviembre del pasado año, con Bartolomé I Patriarca de Constantinopla, en su reciente viaje a Turquía, con Su Beatitud Cristódulos, Arzobispo de Atenas y de toda Grecia, que lo visitara en el Vaticano el pasado 14 de diciembre.

Además la reanudación de los trabajos de la Comisión Mixta Internacional ortodoxo-católica, la aceptación del Consejo Mundial Metodista de la declaración conjunta sobre la doctrina de la Justificación llevada a cabo con los Luteranos, un reciente documento católico-anglicano sobre el papel de María, la preparación de la III Asamblea Ecuménica Europea de Iglesias, prevista para el mes de septiembre en la ciudad rumana de Sibiu, la reciente conversación en el Vaticano con la Delegación de la Iglesia Luterana de Finlandia, los contactos con el Patriarcado de Moscú. Y la creciente y compartida necesidad de la urgencia en evangelizar a Europa ante la angustiada situación de secularización en una sociedad cada vez más afectada por la movilidad humana y las migraciones.

El diálogo ecuménico con las Iglesias ortodoxas es más fácil. La única, hasta ahora insalvable diferencia está en la distinta concepción del Primado del Papa. Las diferencias doctrinales con la Comunión Anglicana no son excesivas, aunque últimamente se ha añadido la cuestión del sacerdocio de la mujer y la legitimación de la homosexualidad, causa también de división dentro del mismo Anglicanismo.

Hablar de Protestantismo o de Luteranismo, como si se tratara de una unidad compacta, es falso. Precisamente en la pluralidad tan múltiple radica una fuerte razón que dificulta o retarda la unidad plena.

Queda todavía mucho por recorrer, aunque en los cuarenta años posteriores al Concilio Vaticano II se ha avanzado mucho más que durante los siglos precedentes. Hay que seguir caminando, orando, dialogando, cooperando juntos para superar esta intolerable situación de división.

La unidad es algo que no debe postergarse y uno de sus caminos es la oración, a la que siempre y especialmente entre el 18 y 25 de enero (Semana de Oración por la Unidad) estamos convocados todos los cristianos, también en Cuba, en donde después de un período de entusiasmo inicial, recién terminado el Concilio Vaticano II, se había caído en un tiempo de frialdad e indiferencia, felizmente superado en los últimos tres años y que promete hacerse más profundo y eficaz, con la gracia de Dios, en un próximo y esperanzador futuro.

Que así sea.

